

tadora, la cama sin tender, ropa desordenada, adornos y un gran sombrero de paja mexicano adquirido en uno de sus viajes a México, donde vive su actual novia y a la que conoció en nuestro país.

En la siguiente escena, ya en el cuarto de Dennis, Andreas se coloca una peluca estilo "afro" y lentes de sol, mientras se vislumbra la recámara de Breitsprecher más ordenada, con un gran librero iluminado en la parte baja, aparatos eléctricos, una consola, la cama de madera perfectamente tendida con una colcha azul oscura encima.

Ahora en cámara rápida se da un recorrido por el estrecho pasillo, por donde debieron pasar miles de veces los terroristas para entrar o salir de la casa o simplemente para cambiar de una habitación a otra, para ir a la blanca e impecable cocina, donde al ingresar se topa de frente con el fregadero, la estufa y el refrigerador en una sola línea y en donde se encuentra la ropa, recién lavada, secándose en un tendedero casero ante el gélido y húmedo clima hamburgués.

Una nueva toma regresa a Andreas, quien ofrece en inglés, pero imitando un acento árabe, una bebida alemana energética e indicando que su nombre es "Hussein", al tiempo que se escucha música tecno de fondo.

Ahora el foco de atención es el baño, también de color blanco, un color predominante en la casa y que contrasta con el "martes negro" que se perfeccionó entre sus muros. A un costado se puede observar un lavabo con esquinas redondeadas, arriba de éste un espejo rectangular de tamaño mediano. ¿Cuántas veces debieron haberlo usado los fundamentalistas islámicos al hacer sus abluciones, limpieza ritual que dictamina el Corán antes de iniciar sus rezos?

También resulta imposible imaginar cuántas ocasiones pudieron haber hecho uso de este cuarto de aseo sus antiguos habitantes o los objetos que allí colocaron. Actual-

mente se pueden mirar artículos clásicos de limpieza personal, una cortina opaca de franjas azules cubriendo la bañera, toallas y un bote de basura metálico, en cuyo interior se pierde la toma para finalizar el video.

A finales de 1998, Atta, oriundo de El Cairo; Binalshibh, un yemení; y Bahaji, hijo de marroquíes y nacionalizado alemán, hicieron de "Dar Al-Ansar" su hogar, justo antes de cumplir sus intenciones de morir como mártires del islam.

Después se les unió Marwan Al-Shehhi, nacido en los Emiratos Árabes Unidos, aunque él no pudo completar su misión divina de irse al Edén aquel "Martes Santo", pues las autoridades estadounidenses le negaron la visa en el 2000. A un año del 11/9 fue detenido en Karachi, Paquistán, por las fuerzas estadounidenses.

Los integrantes de la "célula de Hamburgo" pusieron dos condiciones al alquilar el apartamento: que contara con una conexión de internet de alta velocidad y bajo nombres distintos a los suyos en cada contrato, tal vez en un intento por no ser rastreados, de acuerdo con los informes de Thorsten Albrecht, de la Inmobiliaria T.A. Immobilien.

Según Albrecht, su ex casero, "en la pequeña cocina solían reunirse" estos ultrarradicales árabes.

Ese lugar era el preferido del primero en llegar a la vivienda, Mohammed Atta, "quien pasaba largo tiempo cocinando", dice Schulz, el residente de la planta baja del edificio hamburgués, quien sólo brinda su apellido.

¿Qué clase de platillos elaboraría este joven que originalmente fue a hacer un posgrado en arquitectura en la Universidad Técnica de Hamburgo? ¿Los prepararía con el mismo esmero con que ayudó a planificar los históricos ataques terroristas?

Puede suponerse que así sería por las declaraciones de su antiguo profesor y asesor de urbanismo en la universidad del puerto alemán (TUHH), el profesor Dittmar Machule, quien recuerda a su ex pupilo como "un perfec-

cionista" en todo lo que hacía y una persona con una inteligencia poco común, aunque demasiado reservado y excesivamente religioso, pues "oraba muy en serio".

El individualismo que forma parte del carácter alemán se hace patente en el escaso conocimiento de la vida ajena. Schulz se atreve a hacer comentarios –no sin antes mostrar gran reticencia– sobre sus antiguos vecinos.

"Parecían llevar una vida muy normal como estudiantes de la TUHH, y como musulmanes, que en Hamburgo hay muchos, sabemos que tienen otras costumbres", indica este hombre vestido con un *pants* negro con capucha que sólo deja ver su blanquísima piel, ojos grises y gotas de sudor como de quien viene de hacer algún deporte.

"Atta, el pequeño (de complexión), era un joven amable y tranquilo, y el otro (Binalshibh) no tenía nada de extraño", se esfuerza por recordar este joven que conoció a ambos terroristas, sin dar mayores detalles sobre los otros habitantes del departamento de arriba, mostrando urgencia para terminar la conversación.

Otros residentes fuera del edificio dicen que el lugar se ha vuelto una atracción para turistas y curiosos que sólo vienen a mironear o a tomar alguna fotografía del "macabro" sitio. En contraparte, Andreas asegura que su vida no ha cambiado en nada ni que tampoco el hecho de vivir allí lo ha hecho famoso.

"Los únicos curiosos que han venido han sido periodistas. Han sido pocos, casi todos alemanes, pero siempre hacen muchas preguntas y casi todos lo primero que desean ver es la cocina", comenta recargado de espaldas a la gran ventana de aproximadamente dos por dos metros en el interior de este lugar, mirando en dirección a La Meca, hacia donde cinco veces al día debieron dirigir sus plegarias.

"No quiero saber nada de lo que se planeó allí dentro.

Quiero seguir con mi vida normal en una casa como cualquier otra", afirma Andreas, recargado en la estufa que Atta debió utilizar durante varios años. ☺